

MANUEL ULACIA

LA PIEDRA EN EL FONDO

Mientras la respiración de mi padre
poco a poco se apaga,
retiradas las sondas, las agujas
y la mascarilla del oxígeno,
entre sístole y diástole,
en el escenario de la memoria,
una tras otra,
transparencias vividas.
El viaje al colegio a las ocho de la mañana
con sus adivinanzas
sobre el Río Amarillo,
los jardines de Mesopotamia,
la muralla china y la manzana de Newton,
y más tarde, a la hora del recreo
a la sombra fresca de altos fresnos,
en conversaciones con otros niños,
la imagen de mi padre transmutada
en el héroe de un cuento de hazañas,
y ya de vuelta a casa
reunida la familia,
mi padre cuenta los mil y un inventos
de su laboratorio,
esencias de rosa, almizcle y lavanda,
y las aventuras de su madre niña,
en los trenes de la revolución
de Campeche a México,
las peleas de gallos
que tanto le gustaban a su padre,
los paseos por montes y riberas,
la imagen olvidada de su abuelo
que pintaba abanicos en Valencia,
su breve infancia en un jardín inmenso,
historias de emigrantes de hace casi un siglo
que dejaron atrás
la torre gótica, el olivar y el ganado
y que jamás volvieron.

Y al terminar el día,
contemplo cómo se arreglan mis padres
para ir a una fiesta,
y tras el beso de las buenas noches,
absorto en la película
de la televisión en blanco y negro,
imagino que así es la vida
y que mis padres bailan
en una terraza iluminada por la luna,
un vals de Agustín Lara,
y que mi padre es el galán de la pantalla,
el corsario de una batalla naval,
Tarzán en la selva del Amazonas,
y que algún día yo también seré grande
y oleré en el cuello de una muchacha
aromas de violetas,
y encarnaré mi sino como me lo explicaron.

Mientras la respiración de mi padre
poco a poco se apaga,
y su pulso es cada vez más lento,
entre sístole y diástole,
el tiempo se dilata,
como los círculos concéntricos que se forman
al lanzar una piedra en el espejo del agua.
Cada instante es una hora,
y cada hora una vida.
Breve el tiempo que pasa.
Aquellos días llenos de sol en el campo,
los muros oxidados de la casa
el establo, el corral,
el embalse del abrevadero
con sus nubes reflejadas en tránsito,
en donde un día me enseñó mi padre
a medir las honduras de las aguas,
por el tiempo que tarda
la piedra lanzada en llegar al fondo.
Y la mujer que desgrana mazorcas

como si desgranara las semillas del tiempo.
 ¿En qué aguas caemos,
 cuándo nos vamos si no existe el tiempo?
 ¿Cuál es la profundidad del cielo?
 ¿Dónde germinan las horas vividas?
 Y ya recogidos al caer la tarde,
 en un cuarto apenas iluminado,
 entre vapores sonoros de planchas ardientes
 sobre sábanas blancas,
 mi padre me dijo
 que en el cuarto de junto
 había muerto el suyo:
 primera imagen del tiempo finito,
 piedra que cae,
 medida inmensa que desconocemos,
 el perfil afilado de su cara,
 la sábana blanca que amortajó a su padre,
 la mirada secreta de las dos planchadoras,
 la mano y el reloj que toman el pulso.
 Mi padre se incorpora
 y pregunta ¿qué hora es?
 y sin escuchar dice: mañana a la misma hora.
 Su cuerpo temblando de frío empieza
 a parir otro cuerpo,
 mariposa invisible de alas blancas,
 que espera la hora exacta
 de desprenderse en nupcias con la nada.

Mientras la respiración de mi padre se apaga,
 una angustia renace,
 piedra de filosas aristas en la garganta.
 Aquellas comidas en mis años mozos,
 en donde sólo se oía
 el roce de los cubiertos en la porcelana,
 las miradas esquivas
 que escondían el rubor que produce
 la pasión de la carne,
 y mis juegos secretos en la alcoba,
 mientras la luz hiriente entrando por la ventana
 iluminaba las nubes del jarro,
 los platos vacíos y las migajas,
 porque en mis lascivos sueños despierto
 se me había revelado mi singular deseo.

Ya no sería la imagen del héroe
 que bailara con una muchacha en la pantalla,
 ni el hacedor de industrias,
 ni el hombre discreto que la sociedad aplaude,
 ni la presa de virginidades al acecho,
 ni el padre que perpetuara la especie.
 Y más tarde disputas,
la libertad no hace felices a los bombres,
 dice mi madre, *los hace sólo bombres*
 Mi padre calla:
 frágil armadura la indiferencia.

Mi padre vive en el ideograma de su mundo,
 edifica otros sueños,
 sin pensar en la finitud del tiempo,
 en la piedra y su caída,
 en la alcoba en penumbra.

Mañana, mañana, siempre mañana
 y la casa crece,
 mientras a mi madre le salen canas,
 y mi hermana descubre en el espejo
 sus incipientes pechos,
 y mi abuela se vuelve otra vez niña.
 Mañana, mañana, siempre mañana.

Mientras la respiración de mi padre
 poco a poco se apaga,
 quiero decirle
 que lo único que quise
 fue vivir la verdad de mi amor verdadero,
 pero ya no oye nada,
 ya no dice nada,
 el silencio se ha ido apoderando de su cuerpo,
 del cuerpo de mi madre,
 del círculo formado alrededor de su cama,
 del cuarto en penumbra,
 del claro espejo de agua
 en donde sigue cayendo la piedra
 en la frágil gravedad del instante.

Mientras la respiración de mi padre se apaga,
la transparencia de la ventana me recuerda
que afuera existe el mundo.

Contemplo la ciudad iluminada,
los coches que circulan,
al adolescente que en una esquina
se encuentra con su amada,
al ciclista que pasa,
al atleta que corre sobre el prado.

Absorto en la fragilidad del tiempo,
contemplo el mundo,
otra vez la ventana,
la familia reunida,
y pienso que mi padre ya no habla,
ya no ve, ya no escucha,

que sus sentidos muertos
empiezan a percibir el teatro del mundo
a través de nosotros,

que la única memoria de su vida
son los fragmentos de nuestra memoria:
inmenso rompecabezas del que faltan piezas.

¿En qué pensará mientras se abandona?

¿En la piel de mi madre?

¿En los noticieros de la segunda guerra?

¿En la primera comunión y los mandamientos?

¿En los tumores que se propagan por el cuerpo?

Mi padre entre balbucos

dice que tiene una piedra en el cuello,

que la piedra no cae,

que él caerá con ella.

¿Hacia dónde? ¿en qué lugar?

Mientras se le apaga la respiración a mi padre,
parece que empezara a olvidar todo:
las quimioterapias y los verdugos,
las salas de espera y los quirófanos
el retrato de su abuela y las piernas jóvenes
de las muchachas,
la piedra de Oaxaca y el canto del canario,
la sonaja roja y el primer llanto.

O tal vez, en su olvido

—último sueño que el tiempo devora—,

viaje por un camino

a buscar a su padre.

Pero el camino ya es otro camino,

y la casa otra casa.

Su vida ahora cabe en un instante.

Conciliadas están todas las partes.

Un sol único arde en su consciencia,

helado incendio que el mundo consume.

En el espejo de agua

se dibuja la última onda.

La piedra en su caída

llegó al fondo.